

1. DESTINO SELLADO

Todo comenzó el día que Draconia perdió al rey Tobaki. Aquella noche sombría oscuras nubes eclipsaron la luna, que reflejaba el pálido rostro de la muerte en la hoja de Ribokan, vaticinando la tragedia que sacudiría al mundo.

La Guerra de las Sombras estaba llegando a su cenit y Draconia era el último bastión de resistencia al poder del emperador Hazulem.

Frente a los muros de la ciudad presidida por el castillo Yarracus, Tobaki se enfrentó al demonio en un combate que ya se había extendido durante tres días y tres noches. Su pelo largo y dorado ondeaba arrastrado por el viento y su espada empezaba a inquietarse, entonando un triste cántico al cortar suavemente el aire.

La mirada del demonio, de espesos y profundos ojos negros, era capaz de infundir el miedo en el corazón de los más aguerridos soldados y hacer enloquecer a los más débiles de espíritu. Su piel era blanca como la nieve y dos orgullosos cuernos se erguían como serpientes de plata desde su cabeza. La empuñadura de su espada exhibía un demoníaco dragón rugiendo, de cuya boca salía la hoja serpenteante, emulando la viperina lengua reptiliana.

Tras estudiarse mutuamente, ambos rivales abandonaron su pasividad y cargaron el uno contra el otro, enzarzándose en cruel combate, haciendo que una y otra vez el acero chocara contra el acero.

El rey Tobaki Murako logró empujar a su rival y después tomó distancia. Clavó su espada en la tierra y recurrió a la magia, descargando sobre el demonio un violento hechizo de rayo.

Su monstruoso enemigo no hizo nada por evitarlo, lo mismo que con los dos siguientes.

El rey descansó un par de segundos y después concentró su poder para lanzar una bola de fuego con su nuevo conjuro.

Una nube de polvo se hallaba ahora envolviendo un cráter en el que antes estaba su némesis. Tobaki estaba jadeando por el esfuerzo y prácticamente agotado, pero lo había logrado: el guerro infernal había caído; o eso era lo que él creía, pues de entre los escombros surgió una figura alada que no detendría su implacable avance ante nada.

El rey quiso recoger su espada, pero su rival disparó un rayo desde su dedo índice dirigido contra la empuñadura de Ribokan, impidiendo la acción del monarca guerrero.

El demonio se abalanzó sobre su adversario, deseando saborear su sangre a través de la hoja de su espada, pero la reacción de este lo detuvo. Tobaki se puso de medio lado y se llevó las manos a la cintura.

El caballero del Infierno sabía lo que eso significaba y la curiosidad le llevó a querer saber cuán poderosa era realmente la legendaria técnica transmitida de generación en

generación que distinguía a la dinastía Murako.

Un Aura feroz envolvió a Tobaki en rayos, estremeciendo cielo y tierra. A medida que su poder crecía, también lo hacía el ansia del demonio.

Cuando por fin estuvo listo y ya no pudo contener más la energía, el rey extendió los brazos al frente en un brusco movimiento a la par que un feroz grito escaló por su garganta.

—¡Lightning Kuradoh!

La técnica definitiva de los Murako tenía un poder devastador y se decía que era capaz de mover montañas; y las habladurías no exageraban. Ese ataque habría resultado fatal para cualquiera, mas el demonio que tenía frente a él no era “cualquiera”.

Su oponente ni siquiera se movió. Se limitó a sonreír.

Cuando la ola de energía estuvo a punto de impactar sobre él extendió los dedos al frente y el brutal ataque dio la vuelta, rebelándose contra su conjurador, que, atónito y agotado, no pudo hacer nada por evitarlo.

El rey cayó al suelo malherido, sabiendo que su destino había sido sellado. Fue entonces cuando Kido, su hermano y Consejero Real, abandonó los muros del castillo para llegar hasta él, pese a la estricta orden del rey de que nadie interviniera.

El demonio había sido invocado por el emperador y no destruiría Draconia, pues este ansiaba someter la ciudad bajo su yugo, pero sí se cobraría la vida del mayor valedor de la Rebelión, junto al ya caído rey Argos; de modo que se elevó a los cielos y extendió una mano regalando al rey de Draconia una mirada de desprecio mientras concentraba su conjuro final.

—Kido... Coge... coge a mis hijos... Sal... salva a los...

—¡No voy a abandonarte, hermano!

—¡No! Haz lo que t... te pido... Los niños... ellos...

—Tobaki...

—Llévalos a las montañas... te lo ruego...

Kido cerró los ojos con brusquedad, con las lágrimas inundando su rostro y después agarró la mano de su hermano.

El rey sonrió y le dio las gracias con su mirada.

El Consejero Real corrió de nuevo al castillo para cumplir la promesa que le había hecho a su hermano, a su rey.

Mientras, el demonio se deleitó con una carcajada cruel, saboreando el momento del triunfo sobre su enemigo cuando su ataque definitivo estuvo listo.

Por fin el llameante conjuro se abalanzó sobre su presa, deseando envolverlo en un candente abrazo y consumir no sólo sus huesos, si no también su propia alma.

Esa fatídica noche, dio comienzo el capítulo más negro de la historia de Dracorum y toda esperanza fue arrancada del corazón de los pueblos libres, junto con la vida de su último héroe...